

DE « CONSOLATIONE PHILOSOPHIAE » (*)

Benedetto Croce es el representante más conspicuo de la filosofía italiana contemporánea y uno de los pensadores europeos que más se destacan por su férrea disciplina mental y por su originalidad en la presentación y solución de nuevos problemas. Su idealismo, emanado de un profundo sentido histórico, quiere, ligándose a la tradición filosófica humana, revivir la vida del pensamiento italiano : uno de sus méritos consiste, precisamente, en haber dado a conocer a Vico como un precursor de Hegel, como un refutador de Descartes y como el descubridor de la ciencia estética. En esta universalidad de su pensamiento y en esa afirmación de la individualidad de su filosofía, descansa uno de los básicos principios de la sólida doctrina crociana, como afirmación de que la verdadera universalidad es la que se individualiza eternamente. « Hegeliano di Nápoli » (1), como él irónicamente se llama, su pensamiento tiene el calor y el chispazo de ese risueño pedazo de tierra italiana y la contextura tan alabada, por lo firme, austera, sólida y prudencial, de un Hegel o Vico.

Colaborador, honroso y honrado, de Croce es Giovanni Gentile : una comunión espiritual ha existido desde hace muchos años entre ambos, y una mutua ayuda mental ha sido el vínculo que siempre los ha estrechado. Es así que, habiéndose saludado desde hace más de veinte años, el último libro de cada uno de

(*) Capítulo de *La filosofía de B. Croce*.

(1) Nació en Montenerodomo (Abruzzo).

ellos es un recuerdo respectivo para el amigo. Gentile, en su cuarta edición de *Teoria dello Spirito etc.*, dedica su libro a Croce y éste, su *Poesia di Dante*, a *Giovani Gentile*, in testimonianza di antica e costante fraternità negli studi e nella vita. Y parece que hasta el pueblo italiano le acompaña en su idealismo cultural, al aplaudir su obra desde su sillón de ministro.

Senador del reino de Italia, desde hace muchos años, hombre de ciencia reposado y recto, su obra es variadísima e inmensa; se afirma que, hoy, para hablar de cualquier asunto filosófico o literario, hay que hacer las cuentas con Croce, primeramente.

Disponiendo de comodidad económica, no ha querido ocupar ningún puesto público, y esto le ha permitido conservar esa independencia tan característica en sus escritos. Ha iniciado su labor intelectual como crítico literario y hasta como filólogo. *Sono giunto tardi alla filosofia. Non dico a questa mia propria e particular filosofia di oggi; ma, in generale, alla speculazione. Avevo le mie spalle di erudito belle e assodate e ancora non mi ero accorto di averci sopra una testa di filosofo. I filosofi li ho guardati un bel pezzo di lontano, e tutti con uguale infinito rispetto. Credevo io di non capir nulla ed essi tutto. Adesso invece m'avviene sovente di trattarli con molta irriverenza* (1). Recién en su trigésimo cuarto año (Croce nació en 1866), cuando Villari promovió la cuestión de si la historia era ciencia o arte, fué cuando Croce comenzó su especulación. La historia no podía ser para él, en ese entonces, sino ciencia, y fué así que escribió una memoria en ese sentido; pero su pensamiento no estaba satisfechó, una especie de angustia le atormentaba; la imprenta había ya compuesto su monografía y Croce aún no hallaba conformidad; cuando, de repente, como una luz, se dió cuenta de su equivocación: «No había comprendido nada.» La historia no es ciencia, es arte; porque la ciencia es de lo abstracto, la historia es de lo concreto, como lo es el arte: individualista. Y corrió a la imprenta para mandar descomponer; y preparó su *Tesi fondamentale di un'Estetica como scienza dell'espressione e linguistica generale*, que fué leída en la Academia Pontaniana en los días 18 de febrero, 18 de marzo y 6 de mayo de 1900.

(1) *Discorrendo di se stesso*, en *Pagine sparse*, serie 1ª.

Así y todo, esa tardanza en llegar a la especulación debía ser benéfica para el pensamiento de Croce. Además de la erudición variadísima que ha conseguido (hablando con él, dicen, asombra el cúmulo de anécdotas, citas, ejemplos, datos, párrafos de memoria etc.), además del hábito adquirido de investigarlo todo y de tener en cuenta cuanto se diga o escriba sobre asuntos que le interesen — (nadie creería, por ejemplo, que con todo lo que tiene que hacer, pueda ocuparse en leer *L'Italia del popolo* o la *Revista de filosofía* de Buenos Aires), además de esto, esos años transcurridos empeñosamente en contacto afectuoso con los libros, ha dado a Croce ese sentimiento tan profundo de la historia, de su sabiduría y enseñanzas, y la convicción de que la originalidad de un problema no está en la invención más o menos diabólica, y sí, con el conocimiento preciso de sus términos y desarrollo a través de la historia, en la nueva forma o solución con que se presente. Los problemas de la filosofía son eternos, porque eterno es el espíritu; cada época, como cada pensador, o cada individuo a su manera, va dando nuevas soluciones a los eternos problemas, respondiendo a las exigencias de la vida y de la cultura que se viven; y ésta es la historia: la individualización de un proceso eterno.

La obra de Croce puede dividirse, para comodidad de exposición y como el autor la divide, en tres grupos:

I. *Filosofía del espíritu*, que comprende cuatro volúmenes: 1° *Estética*; 2° *Logica come scienza del concetto puro*; 3° *Filosofia della pratica, economica ed etica*; 4° *Teoria e storia della storiografia*.

II. *Ensayos filosóficos*: 1° *Problemi di estetica e contributi alla storia dell'estetica italiana*; 2° *La filosofia di G. Vico*; 3° *Saggio sullo Hegel, etc.*; 4° *Materialismo storico ed economia marxista*, y 5° *Nuovi saggi di estetica*.

III. *Scritti di storia letteraria e politica*.

En los cuatro volúmenes que forman lo que Croce llama *Filosofía dello spirito*, está comprendido todo su sistema filosófico. Los ensayos son aclaraciones, historia, discusión, crítica, etc., que forman como la parte polémica de su sistema.

Un aspecto muy digno de tenerse en cuenta, de la mentalidad de Croce, es su actividad literaria con sus *diez y siete* sesu-

dos volúmenes de *Scritti di storia letteraria e politica*, donde a la amena lectura de la vida napolitana del siglo XVII, se sigue con el estudio crítico de escritores y poetas de la « nueva Italia », desde Prati hasta Salvatore di Giacomo. Hispanista, como los mejores, escribe sobre la vida de España en Italia durante el Renacimiento; sobre literatura extranjera, ha escrito de alemanes, franceses e ingleses; y acaba de publicar su *Poesia di Dante* en que actúa — diríamos — su concepto de la « liricidad del arte ».

Además es director de la *Critica*, revista de *Letteratura, storia e filosofia*, desde su fundación, y allí están desparramados caudales de savia, exhuberante y sana; artículos doctrinarios, su *Storia della storiografia italiana* que acaba de aparecer en dos volúmenes, bibliografías, críticas, traducciones, comentarios y sus famosas apostillas, *postille*, cuya agudeza y eficacia son insuperables. A esto debe agregarse la traducción que hizo de la *Enciclopedia* de Hegel, la edición de « autores clásicos de la filosofía moderna », en compañía de Gentile, y la reivindicación que ha cumplido con Vico, De Sanctis, Tari, Imbriani, etc., hasta llegar a ser, lo que es hoy, un padre espiritual, que para todos tiene un consejo, una palabra de acicate, una voz de orden; afectuoso y recto; aristócrata en su noble labor y amigo de todos los que trabajan y toman en serio los estudios, como la parte más noble de la vida.

El punto de partida de Croce, para su filosofía, es la estética con su concepto de la « intuición-expresión », que forma el primer grado del conocimiento; base o distinción que no responde a una simple necesidad de división o clasificación, sino a la afirmación de que, el primer grado de conocimiento, forma parte de la vida del espíritu. La filosofía es la ciencia del espíritu y el espíritu es realidad; la división en grados, o grupos de conocimientos, responde a la especialidad del nexo de cada uno y de su método, pero no a que un orden de conocimientos sea distinto de otro, debido a que la filosofía es la realidad toda.

La nueva exposición o el nuevo orden con que se presentan los problemas de la filosofía, que son los problemas eternos del espíritu, no es arbitrario; depende del orden con que se presenten

los hechos, orden que coincide con la individualidad del filósofo, que forma parte del todo.

A la aseveración muy generalizada, no sólo entre el grueso pueblo, pero también entre los filósofos, de que la filosofía es ciencia de lo abstracto y de que sus problemas forman un mundo aparte a donde, para llegar, es necesario formarse como una naturaleza *sui generis*, Croce afirma que la filosofía es la ciencia de lo concreto y de lo real y que, a su manera, todo hombre es filósofo, como es poeta, *Homo poeta et philosophus*, y lo que llamamos filósofo o poeta, se distingue por la forma especial y *sistemática* con que presenta sus problemas.

La filosofía estudia lo concreto, pero no ese concreto de las ciencias naturales, que es un falso concreto. Las ciencias naturales se basan en los esquemas, en la clasificación, en la aproximación; la filosofía parte del todo como unidad indisoluble, puesto que la naturaleza del espíritu no es « fragmentariedad », sino totalidad. A los conceptos generales de las ciencias naturales, la filosofía opone la universalidad del espíritu, y en lugar de esquemas o clasificaciones, presenta su *sistema*, sistema que es la historia del espíritu en su desenvolvimiento, la dialéctica del espíritu en su distinción. Este desenvolvimiento o dialéctica o historia es la concreta realidad; fuera de ese proceso no hay otra realidad que la abstracción de los filósofos o la fe de los creyentes. Además, hay que tener presente que esa historia del espíritu no es distinta del espíritu; es el espíritu mismo que se dialectiza, que se determina en su distinción; la filosofía, al estudiar o presentar los problemas del espíritu, hace la historia de éste, pero no como si fuera un espectador que presenciara la exposición de un espectáculo o cinta cinematográfica; la historia es la filosofía misma, como ésta es aquélla; y el filósofo, al dar forma individual y personal al sistema del espíritu, no es más que la determinación del espíritu universal en ese momento histórico que representa el filósofo; no es más que la eternidad que se concreta en una nueva forma; es el *verbum*, hecho carne por esencia misma de su naturaleza, que vive en esa encarnación o distinción.

Por eso es que la filosofía tampoco es un más allá, algo que trascienda al espíritu mismo que la forma. Una semejante con-

cepción sería una abstracción y algo que escaparía de nuestro alcance; por cuanto, al afirmar un mundo que esté fuera del individuo que lo contempla, quedaría un eterno enigma ante el cual inútilmente el pensamiento se afanaría en descifrar sus misterios. Por eso es que Croce declara que su filosofía es anti-metafísica, si por metafísica se quiere significar la abstracción de los filósofos, lo sobrenatural de los teólogos o la creencia de la concepción naturalista; será metafísica, cuando el vocablo se libere de la adulteración que ha sufrido entre los positivistas y signifique, precisamente, todo lo opuesto de las ciencias naturales, un más allá de la empiria o de la física.

El espíritu tiene dos actividades: actividad teórica y actividad práctica; la primera está representada por el conocimiento, actividad teórica; la segunda que es actividad práctica, por la voluntad. El conocimiento, o la actividad teórica, tiene dos formas: conocimiento intuitivo y conocimiento lógico. La actividad práctica se divide: en actividad económica y actividad ética. Entre la actividad teórica y la actividad práctica se agota todo lo real. Por la inteligencia y la voluntad vivimos la vida del espíritu. Pero el conocimiento, que forma la inteligencia, no es diferente al mundo exterior, hay una relación estrecha entre ambos.

Para Croce la actividad práctica presupone la teórica. Sin conocimiento no hay posible voluntad; tal, el conocimiento; tal, la voluntad (1). Y esta relación no existe a la inversa: la voluntad necesita del conocimiento, pero éste no de aquélla; todo conocimiento tiene una acción en vista, pero no es necesaria la voluntad para conocer, y el conocimiento que se actúa no depende de ninguna otra forma mental inferior a él (2). La relación que existe entre el mundo teórico y el práctico, es idéntica a la que hay entre las dos formas de conocimiento y las dos formas de la práctica. El conocimiento intuitivo no tiene necesidad de patrones; no tiene necesidad de apoyarse en nadie; no tiene que pedir prestado los ojos ajenos porque tiene en la frente los propios, que son validísimos (3); pero presupuesto de la ac-

(1) *Filosofia della prattica*, página 23.

(2) Cfr.: WILDON CARR, *The Philosophy of B. Croce*, página 8.

(3) *Estetica*, página 4.

tividad lógica son las intuiciones (1); la economía es a la ética como la intuición al concepto; y así como la intuición no necesita del conocimiento lógico, la economía no necesita de la ética; y ésta, así como el conocimiento lógico presupone el conocimiento intuitivo, necesita de la actividad económica. Luego, pues, toda la actividad del espíritu, que comprende toda la realidad, se agota en dos formas: la actividad teórica y la actividad práctica, en sus cuatro momentos: el estético, el lógico, el económico y el ético, que son los cuatro grados del espíritu, formando el sistema de la realidad, con sus cuatro conceptos puros correspondientes: belleza, verdad, utilidad y bondad. Puesto así el problema, uno puede preguntarse: si hay solamente dos órdenes de actividad espiritual, el teórico y el práctico, y si la actividad teórica no necesita de la práctica, ¿cómo, se pregunta, se explica la naturaleza de lo teórico? o mejor, ¿de qué vive o se nutre el conocimiento? O, en todo caso, ¿cómo el mundo exterior, que es el mundo de la voluntad, de la vida en su desarrollo, puede tener relación con el mundo de la fantasía y del concepto? La historia entonces ¿es un mero proceso exterior ante el cual permanece indiferente el espíritu? Esa dualidad de sujeto y objeto ¿cómo se resuelve? Lógicamente, notamos con claridad, cómo del mundo teórico pasamos a la actividad práctica, por cuanto Croce afirma y demuestra que presupuesto de la voluntad es el conocimiento y ninguna escisión puede notarse en ese encadenamiento de los grados del espíritu; pero el paso para formar la eternidad del círculo, de lo práctico a lo teórico, no puede desprenderse de esta primera hipótesis.

¿Habrá una tercera forma de conocimiento que sirva para unir o enlazar a las dos formas anteriores? Croce niega una tercera forma espiritual y el concepto de sentimiento, al cual se ha referido esa pretendida tercera forma en la historia de la filosofía, no tiene cabida en el espíritu. *Nessun fatto dello spirito, ossia nessuna manifestazione di attività, si può addurre che, esaminata non superficialmente, non si risolva in un atto di fantasia, d'intelletto y di percezione, cioè di teoria (quando non si*

(1) *Logica*, página 3.

*sveli addirittura come astrazione o classe meramente psicologica di codesti atti); ovvero a un atto di volizione utilitaria o etica (cuando non sia, di nuovo, classe psicologica, designata variamente come di aspirazioni, passioni, affetti e simili) cioè di pratica (1). De-sechada esa tercera forma de actividad, Croce busca en la íntima constitución del conocimiento la solución de este problema. Si por el análisis de la actividad práctica se llega a la conclusión de que « precedente necesario de la volición y acción es el conocimiento », con la investigación sucesiva de la actividad práctica en su dialéctica, habiéndose llegado al resultado que la actividad práctica es la misma realidad en su intermediación y que otra realidad no es concebible, se llega forzosamente a la conclusión inversa de que la *voluntad es precedente necesario del conocimiento*. Es precedente, no en el sentido de que todo acto teórico implica la voluntad como voluntad de conocer (esta es una voluntad subsidiaria, dice Croce, y no constitutiva; y, al contrario, si llega a ser constitutiva, genera la arbitrariedad y el error teórico); es precedente en el significado, precisamente, de una voluntad constitutiva, sin la cual ningún conocimiento sería pensable (2). El conocimiento es conocimiento de alguna cosa, es rehacer un hecho, recrear idealmente una creación real. *Se non c'è un desiderio, un'aspirazione, una nostalgia, non si può avere poesia; se non c'è un atto o un impeto heroico, non può sorgere l'epos; se il sole non illumina un paesaggio, o un'anima non invoca un raggio di sole sul paesaggio, non si ha la pittura di un paesaggio luminoso. E se non c'è un mondo di realtà che generi un mondo di rappresentazioni, non è concepibile la ricerca dell'universale, la Filosofia, nè l'intelligenza dell'individuale, la Storia (3).* Concebir un momento teórico separado de otro grado del espíritu, y privado de voluntad, sería caer en abstracción y romper la unidad del espíritu. Las formas del espíritu no pueden separarse; se distinguen en sus momentos y cuando se habla de una de sus formas, no quiere decir que las otras estén ausentes; *explícitamente* se hace prevalecer una, *implícitamente* conomi-*

(1) *Filosofia della pratica*, página 21.

(2) *Filosofia della pratica* página 201.

(3) *Filosofia della pratica*, página 202.

tan todas. La voluntad no es teoría; pero promueve y frena la fuerza de la fantasía y del pensamiento, a fin de que ésta obre en la mejor forma, que sea lo que en verdad debe ser, *fantasia e pensiero nella più pura manifestazione* (ibídem).

Esto nos parece el punto capital de la filosofía crociana y el problema que ha de debatir a través de toda la exposición de su sistema. Esta distinción entre lo teórico y lo práctico y al mismo tiempo, su indisoluble unidad, forman la vida de este organismo. Y en esta dualidad-unidad hay que tenerse firme, porque en cuanto admitamos o dejemos ver la posibilidad de admisión de un fenómeno o hecho cualquiera, que escape a esa unidad espiritual, caeríamos en un verdadero misticismo. Al concebir cualquier fenómeno fuera del espíritu, el concepto del mundo externo, por ejemplo, y admitirse que el conocimiento del objeto es separable del objeto mismo, la escisión del espíritu es evidente y la resolución de ese problema no se obtiene sino por medio de la fe. Y de esta fe, o misticismo, como de las ciencias naturales, Croce rechaza sus fundamentos y no admite ningún « más allá » que esté fuera del espíritu, como ningún « incognoscible » que no está superado por la idealidad de la mente. Para Croce, no hay nada que esté fuera del espíritu: los mismos conceptos de mundo externo, mecánico o natural, no son más que posiciones del mismo espíritu que forja ese llamado « externo », porque le conviene forjarlo para anularlo cuando no le convenga más; *tutta la filosofia che andiamo svolgendo comprova che nulla vi ha di esterno allo spirito e perciò non vi sono di fronte a esso posizioni di sorta. Tutto ciò che si chiama fede ci si è mostrato, sempre che l'abbiamo esaminato da vicino, o come atto di conoscenza o come atto di volontà, come forma teoretica o come forma pratica dello spirito* (1). El espíritu es unidad indisoluble y no hay otra realidad fuera de él. Pero no basta negar esta realidad fuera del espíritu, es necesario afirmar su distinción en sus partes. Si uno es el concepto con que conocemos lo real, una es la realidad; siendo una la forma del pensamiento, uno es su contenido. Pero al afirmar esa exigencia, se suele no afirmar las distinciones y se crea una unidad vacía y abstracta

(1) *Logica* página 116.

que es, otra vez, un verdadero misticismo. « Un todo es todo sólo porque y en cuanto tiene partes, o más bien *es partes*; un organismo es tal porque tiene, y es, órganos y funciones; una unidad es pensable, sólo en cuanto tiene en sí distinciones y es unidad de las distinciones. Unidad sin distinción es tan repugnante al pensamiento, como distinción sin unidad (1). »

Si toda la realidad está comprendida por esos cuatro grados o momentos que forman el espíritu, ¿qué lugar ocupan, o qué puesto se les asigna a las ciencias naturales? La ciencia, la verdadera ciencia, es para Croce, concepto, no individualidad sino universalidad, y no puede ser sino la ciencia del espíritu, o sea lo que la realidad tiene de universal: *Filosofía*. « Si fuera de ésta se habla de *ciencias naturales*, es necesario notar que éstas son ciencias impropias, o sea conjunto de conocimientos, arbitrariamente abstraídos y fijados (ibídem). » Al admitir, como lo hacen las ciencias naturales, *límites*, no hacen sino admitir datos históricos e intuitivos. Calculan, miden, forjan tipos y clases, ponen igualdades, formulan leyes, etc.; pero todos sus progresos llegan a límites que se aprenden histórica o intuitivamente. La geometría, por ejemplo, afirma descansar sobre hipótesis y su espacio tridimensional o euclídeo es uno de los espacios posibles que se estudia por ser más cómodo. « Lo que hay de verdad en las ciencias naturales, es o filosofía o hecho histórico; lo que tienen de propiamente naturalístico es abstracción y arbitrariedad. » Una prueba nos la dan las mismas ciencias naturales que, cuando quieren elevarse a ciencias perfectas, saltan la valla de su campo de acción e introducen términos (de átomo inextenso, de éter o vibración, de fuerza vital, de espacio no intuitivo, etc.), que son « verdaderos y propios conatos filosóficos, cuando no sean palabras huecas » (2). Las matemáticas, como ya se deja entrever por lo que se afirma de la geometría al hablar en general de las ciencias naturales, tampoco entran en la esfera de la realidad por cuanto escapan al espíritu (que es pura realidad) debido a su carácter abstracto. Para Croce hay, al lado de los conceptos puros, pseudo-juicios

(1) *Logica*, página 52.

(2) Cfr. *Estética*, página 36, y *Logica*, página 223.

individuales y juicios definatorios, ambos de naturaleza abstracta. Los primeros son los conceptos empíricos que la mente, al querer formar juicio de realidad, coloca en lugar de los juicios individuales puros. Para las matemáticas, en cambio, debe considerarse el concepto *abstracto* que, difiriendo del empírico, por cuanto acepta como presupuesto el concepto puro, no presupone un juicio individual. Es un juicio que, aceptando la universalidad, le falta la concreción individual y, por esto, es una falsa universalidad, una abstracción sin contenido representativo. Los de las matemáticas son juicios definatorios, abstractos, y la misma definición «juicio individual abstracto» lo prueba, por cuanto no puede haber un concreto individuo que sea una abstracción, ni lo abstracto nunca es individual. Aun los juicios de *espacio* y *tiempo* matemáticos, que son juicios cuantitativos, también son, para Croce, abstracciones. «La misma verdad está contenida en la doctrina kantiana de la *idealidad del tiempo y del espacio*, que es uno de los mayores adelantos filosóficos que se hayan jamás llevado a cabo, y toda filosofía, sabedora de la historia del pensamiento, debe aceptarla. Aceptándola, pues, también nosotros, agregamos solamente la glosa (justificada por las demostraciones anteriores), que ese carácter del tiempo y del espacio matemáticos, no se debería llamar idealidad (porque la idealidad es la verdadera realidad), pero más bien *irrealidad* o *idealidad abstracta*, o, como por cuenta nuestra hemos preferido decir simplemente *abstracción* (1).

Resumiendo, pues, queda establecido que dos son las formas puras del conocimiento: la intuición y el concepto; el arte y la ciencia o filosofía. La intuición nos da el mundo, el fenómeno; el concepto nos da el noúmeno, el espíritu (2). Entre ambos términos se resuelve la historia que, como hemos visto y más claramente determinaremos en otro lugar, es idéntica a la filosofía. Esta filosofía es la ciencia del espíritu, o filosofía del espíritu, y su carácter esencial es el sistema. «El verdadero filósofo, al hacer la más pequeña modificación a un concepto, tiene siempre en vista todo el sistema, porque sabe que aquella modificación,

(1) *Logica*, páginas 128, 129 y 132.

(2) *Estetica* página 37.

por pequeña y circunscrita que parezca, modifica en alguna manera el todo (1). Y este *todo* forma la *filosofía* que es *historia* : o *historia* que es *filosofía*. Sin entrar, por el momento, a exponer el desarrollo que ha tenido en el pensamiento crociano este concepto de identidad de historia y filosofía (lo trataremos al hablar de su *Storia della Storiografia*), debemos dejar sentado que la *filosofía* es *historia*. « La filosofía, pues, no está ni fuera, ni al comienzo o al final, ni se obtiene en un momento o en algunos momentos particulares de la historia ; sino, obtenida en cada *momento*, está siempre y toda unida al curso de los hechos y condicionada por el conocimiento histórico (2). » Al afirmarse esta recíproca condicionalidad de la filosofía, que condiciona a la historia, y de ésta a aquélla, podría pensarse en *dos formas* distintas del espíritu que están en mutua ayuda. « No ; dice Croce ; filosofía e historia no son ya dos formas, y sí una forma sola, y no se condicionan mutuamente, y sí se identifican del todo. La síntesis, a priori, que es la concreción del juicio individual y de la definición, es conjuntamente la concreción de la filosofía y de la historia ; y el pensamiento, creándose a sí mismo, cualifica la intuición y crea la historia. Ni la historia precede a la filosofía, ni la filosofía a la historia : la una y la otra nacen en un solo alumbramiento (ibídem). »

Lo que hemos ligeramente expresado más atrás, del carácter antimetafísico de la filosofía crociana, podemos ahora confirmarlo al averiguar cómo, después de esta identificación entre filosofía e historia, Croce llega a otro resultado que vence, diríamos, el último obstáculo de su sistema, al quitar a la filosofía, o historia, todo carácter metafísico o teológico : *La filosofía es metodología*.

La filosofía, hecha la relación entre historia y filosofía, no puede ser sino el *momento metodológico de la historiografía* : « dilucidación de las categorías constitutivas de los juicios históricos o sea de los conceptos directivos de la interpretación histórica » (3). Y como la historiografía tiene por contenido la

(1) *Logica*, página 182.

(2) *Logica*, página 218.

(3) *Teoria e storia della storiografia*, página 136.

vida del espíritu, fantasía y pensamiento, acción o moralidad, sus dilucidaciones se mueven en el campo de la estética, de la lógica, de la economía y de la ética, variedades de formas que, como ya sabemos, formando un todo, se vencen y se resuelven en la filosofía del espíritu. Pero esta definición de la filosofía, que es metodología puede suscitar dudas; una filosofía que termina en metodología, suele tenerse como empirismo. Croce niega ese significado a su teoría y, al contrario, afirma que la metodología por él propuesta viene a corregir y a substituir a la metodología empírica « de los historiadores de oficio y otros semejantes especialistas », en sus conatos hacia la solución filosófica de los problemas teóricos que suscita el estudio de la historia.

Si esta primera duda viene disipada en cuanto se anuncia el problema, no pasa lo mismo cuando se afirma que la filosofía deba resolver el *misterio del universo*, concepto de origen religioso o mitológico que ha persistido aún entre los filósofos que dirigieron el pensamiento hacia lo humano y terrenal como única realidad: perduró en Kant, que lo admitió como límite a su crítica y en Hegel en su « mitología » de la *idea*.

Ese mismo contraste entre los dos conceptos de una filosofía trascendente y una filosofía inmanente puede observarse en el siglo XIX en la lucha entablada por la *psicología* contra la metafísica; lucha cuyo motivo era legítimo, aun cuando, por la mal llevada discusión, acababan los psicólogos por volver a abrazar al enemigo contra el cual se habían levantado. Y la filosofía como metodología ha hecho suya esta lucha y ha buscado hasta una concepción psicológica de la filosofía: psicológica sí, pero de *psicología especulativa*; una filosofía que fuese inmanente, pero no como lo pretendía el positivismo, que hacía lo necesario contingente; la filosofía es inmanente, pero *dialécticamente* inmanente, con la aseveración de que lo contingente es necesario y afirmando el derecho de la hegemonía del pensamiento.

La superioridad de la filosofía como metodología, sobre la filosofía como metafísica, está demostrada porque la primera puede resolver los problemas de la segunda, mientras ésta, no sólo no puede resolver los de la metodología, sino que ni los propios resuelve sin caer en lo fantástico o en lo arbitrario. Así, por ejemplo, para citar algunos, los problemas de la realidad del

mundo externo, del alma substancia, de lo incognoscible, etc., han tenido mejor explicación en la moderna gnoseología al tenerlos como aspectos eternos, que renacen y se superan eternamente, de la fenomenología del conocimiento. Y en la actualidad, aunque no se presente abiertamente, la metafísica extiende sus raíces en ciertos aspectos con que suele presentarse. Entre estos resabios de la antigua metafísica, Croce evidencia seis: 1ª La admisión de un *problema fundamental* de la filosofía; 2ª La tendencia que lleva a desvalorar la distinción por la unidad; 3ª La que busca una filosofía *definitiva*; 4ª La que se refiere a la *figura del filósofo*; 5ª La tendencia a circunscribir el *fundamento* de la filosofía a la sola *Historia de la filosofía*; y 6ª El anhelo de que la filosofía tenga una *exposición filosófica*.

De estos preconceptos, Croce demuestra la proveniencia y, como veremos oportunamente, la necesidad que hay de conocerlos bien y extirparlos de raíz, a fin de que no sean estorbo para que la filosofía proceda con la conciencia que se ha formado por su unidad con la historia. « Si se mirase el enorme material que en el curso del siglo XIX la poesía, la novela y el drama, voces de nuestra sociedad, han acumulado de observaciones psicológicas y de dudas morales, y se considerase que en gran parte queda sin elaboración crítica, podría formarse alguna idea de la gran labor que ella tiene que cumplir. Y si por otra parte se observara, para no decir otra cosa, la multitud de ansiosas preguntas que ha suscitado desde todas partes la gran guerra europea — sobre el Estado, la historia, el derecho, el oficio de los diversos pueblos, la civilización, la cultura, la barbarie, la ciencia, el arte, la religiosidad, el fin y el ideal de la vida, etc., — se adquiriría claridad sobre el deber que corresponde a los filósofos de salir de esa muralla teológico-metafísica (1). »

Y la filosofía de Croce, la filosofía como metodología, quiere estudiar y comprender, más que los problemas de la inmanencia y de la trascendencia del mundo y del otro mundo, todo lo que ha servido para acrecentar nuestro patrimonio intelectual y todos los conceptos que nos ha dado la historia, en su efectiva inteligencia, para formarnos la realidad del pensamiento, reali-

(1) *Teoria e storia della storiografia*, páginas 136 y 147.

dad que comprende, conmueve y anima, a nuestra propia existencia.

Existencia o vida histórica que esta filosofía quiere divinizar y humanizar al mismo tiempo. La diviniza cuando proclama la idealidad de todo conocimiento, o de la historia que forma la exposición de ese conocimiento en sus fases sucesivas, o de la vida que es el mismo conocimiento en su continua lucha por adquirir siempre nuevas formas que, respondiendo a las exigencias de un momento determinado, han de ser superadas por otras aún más nuevas y éstas, eternamente, por otras más. El espíritu es eterno y la filosofía también es eterna: en esto está la divinidad de esta teoría; pero esa eternidad, por eterna que sea, no debe constituir una abstracción. Punto esencialísimo en el sistema crociano es, nos parece, la negación de una filosofía *ad infinitum*; la eternidad de los problemas de la filosofía, como su universalidad, son realmente eternos, en cuanto adquieren forma determinada y singular; la verdadera eternidad, como la verdadera universalidad, es lo que se vive en cada instante de la vida del espíritu; en una intuición, como en un concepto, está la vida eterna del espíritu encarnada y determinada en ese instante. Y esto forma, a nuestro criterio, la humanización de la filosofía crociana: arrancar la filosofía del reino de las abstracciones, sea el Dios del creyente, el *Logos*, el *noúmeno*, la *Idea*, y entregarla en los brazos de la historia para que de esa unión brote la verdadera filosofía, que no es más que la vida misma, la vida del espíritu que es toda la realidad. Y una filosofía así entendida; que, en este sentido, ha hecho de la poesía, prosa, ve en la humanidad, en su desarrollo histórico, los motivos de su propia existencia. No necesita recurrir a ningún dogma, para darse razón de su existencia: en la vida misma halla sus fundamentos y la alegría que da esa lucha para encontrar la verdad, es su verdadero y único consuelo. Vida operosa de fuertes es la que predica esta filosofía: que así como afirma la imposibilidad de una filosofía *ad infinitum*, también desecha el postulado de una filosofía que alguna vez pueda darse por terminada: un problema que se tenga por definitivamente resuelto no es realidad; contrariaría a la misma esencia del espíritu, que por originariedad cambia y se renueva a cada instante. Ni filosofía *ad infinitum*

ni *ad finitum*. ¡ Pobre del filósofo que pudiera creer haber resuelto para siempre los problemas, o un problema, de la filosofía !... Que en el mismo instante en que afirmaría esa creencia y quisiera adormecerse en esa quietud, ese problema trascendería a su espíritu y caería en el dogma; un misterio aparte y diferente a su espíritu que repugna esa pasividad. Pero ¿ es desesperante una filosofía que afirma que sus problemas jamás pueden ser solucionados definitivamente ? Lo será para los espíritus débiles, para las almas místicas que piden amparo a la providencia; pero, para los espíritus animosos, en esa misma eterna lucha, hallan y cifran el valor de su vida. Es en esa continuada lucha, en esos triunfos paulatinos de la verdad sobre el error, o de la belleza sobre lo feo, o de lo bueno sobre lo malo, etc., en que el filósofo, como el hombre, halla su felicidad. Cada problema resuelto es una alegría intensa que nos da calma y reposo; calma y reposo que es un momento de pausa para iniciar la lucha de nuevo con ese mismo problema que, al darnos una solución, nos presenta, al mismo tiempo nuevos problemas, y así, para siempre. Croce no admite una filosofía como « desconsoladora » y, al discutir sobre este antiguo tema de la filosofía, niega, si la filosofía es la ciencia de la realidad, que haya una filosofía, o realidad triste. « Para juzgar una realidad triste sería necesario admitir, al lado de la idea de ella, la de otra realidad, que fuese mejor que la realidad por nosotros conocida: una segunda realidad, la cual sería después *no real*, no verdaderamente pensable y por consiguiente no podría formarse idea alguna de ella (1). » Tal el concepto de que el consuelo lo daba la idea de un Dios personal, creador y regidor del mundo y la de una vida inmortal, conceptos que se han desvanecido en la nueva filosofía. En realidad, opina Croce, ese concepto de Dios como el de la inmortalidad del alma, vive en su filosofía pero librado de todos los estorbos fantásticos y empíricos. Dios vive en esa afirmada eternidad del Espíritu; y la Inmortalidad es la misma inmortalidad que trasciende nuestros actos singulares, y al trascenderlos los eterniza. « En verdad, en el esfuerzo de pensar en un Dios fuera del mundo, déspota del mundo, nos toma un sen-

(1) *Lógica*, página 340.

tido de horror hacia aquel Dios, que sería un sér solitario que se duele en su omnipotencia, la cual le haría imposible la actividad, y peligroso para sus criaturas que serían sus juguetes(1)». E igualmente, « en el pensar seriamente sobre nuestra inmortalidad en cuantos individuos empíricos, inmobilizados en nuestras obras y en nuestros afectos (que son bellos en cuanto se mueven y huyen), el horror nos invade, no de la muerte, pero de esta inmortalidad, impensable porque es afligente y afligente porque es impensable » (ibídem).

Sin embargo, no hay que creer que Croce pretende que su filosofía sea un consuelo para todos, una especie de panacea donde podrían acudir todos para curar sus aficciones. « Ella no tiene pañuelos para enjugar las lágrimas que vierten los hombres. » Toda forma de actividad espiritual, el arte o la filosofía, la vida práctica como la teórica, todas son fuentes de consuelo y lo que hace la una no hace la otra. La filosofía puede aportar su ayuda disipando la obscuridad teórica, las tinieblas mentales que « a menudo irritan y enconan los dolores e impiden o retardan que se produzca la acción ». Y el dolor, del que uno quiere verse libre, no se anula en esta filosofía. A un conocimiento que se eleva corresponden nuevas fuentes de dolor, desconocidas tal vez, para el que permanecía en un grado inferior de conocimiento. Y la afirmación del dolor, en éste sentido tan hondo de elevación, es otra característica de esta nueva filosofía que lo acepta porque acepta la vida en su totalidad, con sus alegrías y con sus penas, y con virilidad cristiana ve en el mismo dolor una fuente de acción o un fundamento de la vida misma. Sufrir para elevarse; y cuanto más alto, sufrir más elevadamente. Croce toma para sí la expresión de un escritor italiano de que la superioridad « no es más que el derecho a sufrir más en alto ». « Más en alto, agrega Croce; pero ni más ni menos que otros que están en un grado inferior de conocimiento; y sufrir más en alto para obrar más altamente. »

JACINTO CUCCARO.

(1) *Logica*, pagina 342.